

# El poema de don Celso

«Cuando la luna en el espacio brilla,  
y el agua corre por el río abajo,  
y entre la hierba de la verde orilla  
su bola arrastra negro escarabajo...  
viene a mi mente tu sin par semblante...»

—Bueno, mire usted, don Celso... ¿Por qué no toma otra copita de anís?

—¡Caramba! Me ha interrumpido en lo mejor del poema.

—Es que el resto me lo sé de memoria.

—¿Y cómo es?

—¡Muy malo!

Después de este ex abrupto me encogí un poco en el sofá de «peluche» del viejo café en que nos hallábamos, en espera de que me tirara a la cabeza algún objeto próximo.

Don Celso apenas se inmutó. Arrolló serenamente el fajo de cuartillas, meditó un instante con la barba apoyada en el pecho, y luego, mirándome por encima de las gafas con sus ojillos hechos ascuas, me espetó:

—¿Es usted un insolente!

—Conformes, don Celso—dije, satisfecho de la benignidad de la agresión, y añadí sonriendo y como no dando importancia a la cosa—: Agravio por agravio, estamos vengados, ¿no es eso?—y le tendí la mano.

—Conformes—añadió aceptando mis paces—. Pero comprenda usted...

—Comprenda usted también que empezó a leerme el poema a las seis, y son las nueve y media. Mayor prueba de afecto...

—Tiene usted razón, querido López; es que los poetas, cuando nos enfrascamos en nuestras lecturas, no nos hacemos cargo...

—Sobran más explicaciones. El poema, en realidad, es grande.

—¿Usted lo cree así?

—Sin duda. Ahí hay más de doscientas cuartillas a renglón estrecho.

—No, señor, perdone: hay noventa y cinco.

—Pues ya ve. No creí, la verdad, que un hombre solo pudiera hacer eso.

—Es natural. ¿Usted no ha escrito nunca?

—Sólo lo que me dicta usted en la oficina.

—Entonces me hago cargo de que estas cosas le aburran y desesperen.

Don Celso pidió la copita de anís, la apuró en medio de ese silencio que los novelistas llaman embarazoso, y encasquetándose el sombrero de paja—su media tostada, como los compañeros de oficina le llamaban—, se despidió de mí con gesto adusto y se alejó mascullando en tono sentencioso:

—¡Qué juventud ésta, Dios mío!

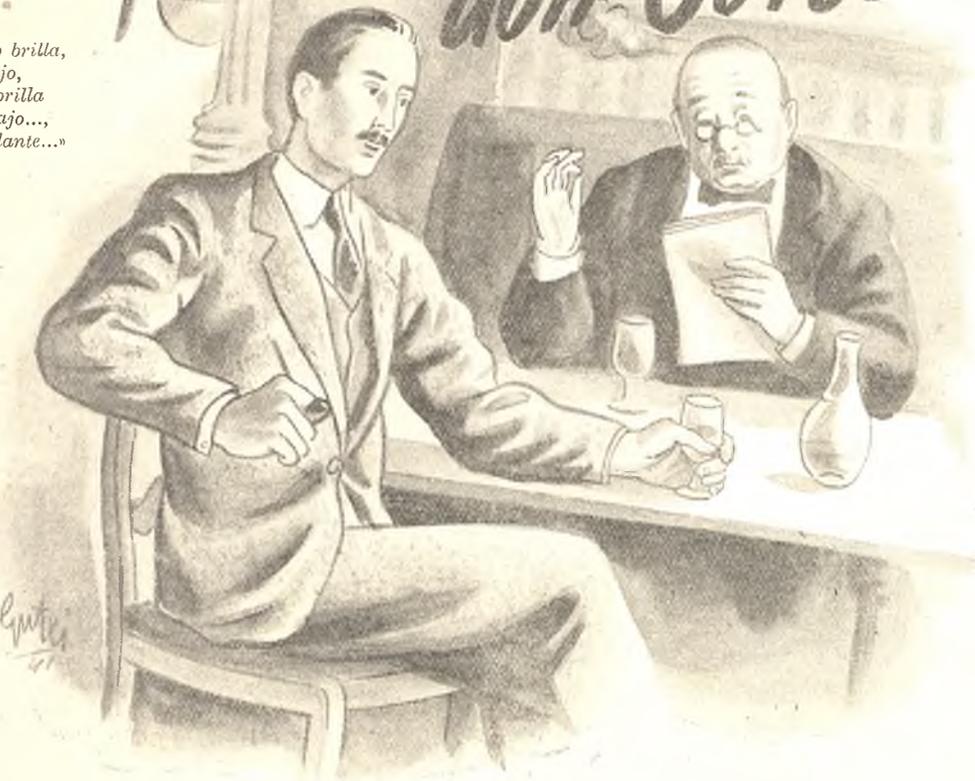
II

Al día siguiente, a las diez, cuando llegué a la oficina, don Celso, como de costumbre, ya estaba con sus manguitos puestos, su vaso de café delante, y arañando una cuartilla con su vieja pluma de ave. Noté, sin embargo, en su semblante un signo de contrariedad que le alzaba el entrecejo con un gesto agrio. Extraje de su bolsillo, apenas contestado mi saludo, el grueso reloj de tapas dobles, lo abrió, lo contempló un instante, y luego, mirándome severo, dijo:

—Se ha retrasado usted media hora.

—Es que anoche—advertí—me dormí tarde.

—¿De juerga?



Raimundo de los Reyes sitúa en esta narración todas las consecuencias sentimentales que puede tener la lectura de un poema... ¿Una prueba sutil, de imposición, por quien lo concibió en las horas lánguidas de la vida...? \* Un poema y la mano de una mujer. Una historia original en la que se demuestra...

—No, señor; tuve insomnio.

Un poco amoscado, carraspeó:

—Sí, sí...

—Estaba rendido, como si me hubieran dado una paliza...

E interrumpiéndome, con mal disimulada indignación, añadió:

—Está bien, amigo López. Vamos, vamos a escribir una diligencia en el expediente de «Ferro, López y Compañía».

III

Yo declaro que soy un idiota; pero hay que hacer la salvedad de que en esta ocasión no lo era cuanto lo aparentaba. Si yo soportaba sus rarezas de oficinista, sometiéndome a ellas con una resignación que en la oficina me valió el remoquete de «el Paciente número uno» y aguantaba las largas lecturas de sus poemas, era porque don Celso, en medio de sus chinchorrerías, tenía una cosa buena como quizá ningún otro hombre la tuviera: su hija Carlota.

Carlota era una muchacha bellísima, de bondadoso carácter, modesta, de amable e ingenio-

sa conversación y hacendosa en grado extraordinario. Ella era la que descansaba a doña Eulalia—su madre—en las faenas de la casa, la que repasaba las lecciones a su hermano Juanín y la que pergeñaba los cuatro trapitos que cada temporada se veían en la imprescindible necesidad de «estrenar» ella y su hermana Luisa. Era, en fin, el ideal para un oficinista, y yo tenía la seguridad de que solamente Carlota sería capaz de hacer el milagro de que con los setenta duros de mi sueldo pudiéramos vivir. Pero además de estas razones de orden casi utilitario, existía otra: la de que me había enamorado perdidamente de ella.

Claro que don Celso no sabía esto; por eso, en más de una ocasión me había confesado:

—Es usted, amigo López, el único hombre comprensivo que hallé en mi vida. Usted me ha escuchado, con un entusiasmo singular, la lectura de mis treinta comedias, de mis ocho dramas y de mis cinco libros inéditos de poesías; toda una obra valiosísima enterrada en el anonimato!... Además, es usted el único subordinado que jamás desatendió mis órdenes ni contrarió mi voluntad. Yo, créame de todo corazón, quisiera poder corresponderle alguna vez. Que usted me pidiera algo, para atenderlo en seguida.

—Ya habrá ocasión, don Celso, ya habrá ocasión—le respondía yo siempre, como sujetando aquella promesa que alguna vez pudiera serme útilísima.

IV

Sin embargo, desde aquella tarde, en el café, cuando, en uno de esos raptos de mal humor que nos llevan a los hombres, por un misterioso impulso ajeno a nuestra voluntad, a cometer las más insospechadas acciones, juzgué tan severamente su lectura, don Celso no observó conmigo la misma cariñosa actitud de siempre. Notaba yo en la manera de tratarme cómo en el fondo de su corazón se iba acreciendo un poso de rencor hacia mí, algo como un deseo de venganza. Me recriminaba cuando llegaba unos minutos más tarde; no me concedía permiso para salir, si alguna mañana se lo pedía, y si, en el correr de la máquina, surgía alguna



Señoritas, señoras: ¡Un buen consejo que agradeceréis! No pretendáis embelleceros sólo con productos de tocador. Debéis también reconstituir vuestro organismo: para ello precisa toméis Eupartol, vigorizador único del sexo femenino. Con el Eupartol desaparecerán manchas, rojeces, granos, espinillas, arrugas prematuras, obtendréis un cutis limpio. Eupartol endurecerá vuestros senos, desapareciendo la flacidez y caimiento de éstos. ¡Eupartol, secreto de vuestra belleza! Eupartol cura molestias y desarreglos mensuales, devolviéndoos salud y hermosura. Madres, no abandonéis la edad crítica... la pubertad de vuestras hijitas, ayudadas con Eupartol. Futuras madres: debéis tomar Eupartol desde el quinto mes; tendréis un rápido y feliz parto; hijos sanos y robustos (mejoraréis la raza). Muchas ya conocéis innumerables servicios prestados por este gran preparado: si lo ignoráis, probadlo y os convenceréis. Señoras: Escuchen diariamente a las 12,30 la interesante Sección Femenina y de Belleza a cargo de los Laboratorios Eupartol, dirigida por doña Monserrat Fortuny, que emite diariamente Radio España n.º 2, de Barcelona. También pueden dirigirse por carta para consultas a dicha señora a Vía Layetana, 137, Barcelona, mandando sello para su contestación.